







FAMILIA

MARIANA KOZODIJ

- Ilustrado por: NICOLÁS MOGUILEVSKY

Kozodij, Mariana

Familia / Mariana Kozodij ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Nicolás Moguilevsky. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 90 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 12)

ISBN 978-987-3772-16-0

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Moguilevsky, Nicolás, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



MARIANA KOZODIJ

QUILMES, BUENOS AIRES, 1983. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación y periodista. Trabajó en radio, gráfica, televisión. Actualmente está a cargo del Suplemento online de Cultura Registrada. Publicó la antología *12 Rounds, cuentos de boxeo* (2012) y *Amalia* (2013).



NICOLÁS MOGUILEVSKY

BUENOS AIRES, 1984. Es músico, poeta, editor y artista plástico. Publicó *Avistaje* (2014), *Todos tienen su lucha* (2013), *Deliriums da Marge: partes del todo* (2011), *Orejas* (2007) y *23 cuadros –donde hablar no es ver–* (en colaboración con Manuel Alemián, 2005), entre otros. Es el coordinador general de la editorial *Mansalva* y miembro fundador del colectivo multidisciplinario *Un*

Faulduo. Como actor intervino en varios largometrajes, así como en películas de corta duración. Organiza, junto a Fernanda Laguna, el ciclo de lecturas *La Academia*.

FAMILIA



“Seis, catorce, treinta, cincuenta, ciento veinte, doscientos, treinta” escribió Víctor en su diminuta libreta verde con tapas de cuero curtido. El último número lo puso molesto. Hizo un chasquido con la lengua, viperino y angustiante, mientras se miraba los dedos largos, de uñas rasantes, siempre llenas de tie-

rra. Aunque se cepillara constantemente era imposible sacarse la mugre del todo. Siempre había partículas ajenas a él en sus uñas. Era algo que venía con el trabajo.

Miró el lápiz con el que anotaba todo. La punta estaba un poco mocha. Sacó un cuchillo del portalápices y lo afinó con dedicación hasta que el grafito quedó plano en uno de sus lados; brillante bajo la luz del tubo fluorescente.

Sonó el timbre. Un estallido sonoro para la calma habitual de la casa. Víctor



levantó la vista de su escritorio y se miró en el vidrio roto que le devolvió una imagen fragmentada, casi psicoanalítica.

Volvió a sonar el timbre, esta vez con más furia. Con apuro.

Víctor se levantó lentamente de la silla, las pantuflas gastadas le daban poca estabilidad a sus piernas. Eran un punto de apoyo evasivo para sus pies. Si bien no era muy mayor, su cuerpo tenía el peso de haber vivido encorvado bajo la sombra y la humedad.

Ya desde chico su padre lo había me-

tido en el cultivo de hongos. Aunque a él le gustaba pensarlo como un criadero. Los veía nacer, crecer, desarrollarse, comunicarse y después ser arrancados para terminar en el plato de algún comensal en un restaurante caro de Buenos Aires.

Los Van der Craft cultivaban hongos de calidad: *Agaricus bisporus*, *Pleurotus* y *Lentinula edodes* o más conocidos por todos como champignones, girgolas y los, tan de moda, shiitakes.

Dalmasio Van der Craft llegó a ser el



principal proveedor de los hoteles cinco estrellas porteños, contactado por chefs e incluso por algunos restaurantes extranjeros. Nadie dudaba en pagar el precio que el cultivador establecía para cada partida de hongos, porque no siempre eran de la misma calidad. La excelencia estaba asegurada, pero el sabor superlativo dependía de factores climáticos y, según el propio Dalmasio, del humor con el que los había visto crecer. Víctor disfrutaba de esos pequeños momentos de “humanización”

que su padre otorgaba a los hongos. Era cuando se sentía más cercano a ese hombre hosco y poco indulgente que le escapaba a la filiación padre e hijo.

Sin embargo, la relación se mantuvo ya que Víctor aprendió cada uno de los secretos del cultivo de hongos. La composición del sedimento, la humidificación, la temperatura, el agua y el alimento. Se instruyó en el arte de comprender a cada especie según su particularidad y sus necesidades.

Cuando apenas tenía cinco años su



padre lo dejó acercarse al galpón donde colgaban las bolsas repletas de hongos emergentes. Eran seres vivos que buscaban crecer uno a costa del otro. La fascinación fue inmediata.

Víctor avanzó hasta el portero eléctrico. No estaba para andar bajando los escalones de mármol todo el tiempo. Primero había que chequear que fuera necesario ir hasta la puerta de entrada.

—¿Sí? —dijo con su voz pastosa.

—¿Cómo le va, don? Acá el Negro que le trae las aguas.

Suspiró. Era el repartidor de bidones. Podía seguir escuchando su voz chillona mientras le gritaba en la vereda a alguno de sus peones que bajara el pedido con una carretilla del camión.

Cada dos meses Víctor hacía un pedido de agua embotellada. “Agua de calidad y filtrada”, como le vendieron la primera vez que contrató el servicio. Le habían dado un dispenser para agua



caliente y fría que nunca usó y que no podía devolver hasta que finalizara el contrato.

Cuando abrió la puerta de entrada se encontró con el sol lacerante de enero. Cerró los ojos y se llevó la mano a la cara casi como si fuera un vampiro a punto de incendiarse.

—Hace calor ¿no? —dijo Juan mientras le daba órdenes a dos pibes para que cargaran los ocho bidones y los subieran por las escaleras.

Los muchachos trabajaban como hormigas. Uno pegado al otro. Sin tocarse pero presintiendo la cercanía. El primero le marcaba el rumbo al segundo, ambos con la cabeza gacha, cargando el líquido que les daba de comer a fin de mes.

Los escalones estaban gastados, había que tener cuidado. Una sola vez un bidón rodó por la escalera y cuando llegó al final salió a la vereda y terminó en el cordón. Por suerte no se rompió y no causó un accidente, pero Juan le dio al pibe, que dejó caer el agua, un golpe tan



fuerte que Víctor se sintió culpable.

La violencia era algo que lo conmovía de tal manera que generalmente le provocaba un leve temblor en el labio superior. No estaba muy seguro de por qué le pasaba eso. Su padre nunca le había pegado, a lo sumo un grito corrector, tampoco había visto que fuera violento con su madre.

No tenía hermanos y tampoco amigos. Solo un perro que un día desapareció y del que su papá le dijo: “Se lo comieron los hongos”, como chiste, pero

fue una posibilidad que a él se le grabó a fuego. Incluso una de sus pesadillas recurrentes de chico era ver al can devorado vivo por los hongos. Cada vez que tenía ese mal sueño y mojaba la cama, su madre escondía la evidencia para que Dalmasio no se enterara. Era un leve gesto cómplice que Víctor retribuía con flores silvestres que encontraba entre los pastizales que rodeaban los galpones, formando pequeños ramos decorativos para la mesa de luz de su madre.



Los hongos eran seres vivos, tenían que comer. Cuando entendió esa necesidad en su plena dimensión se obsesionó en perfeccionar el arte de alimentarlos.

Juan siempre subía con los peones para completar los recibos y darle charla. Cada vez que pasaban al pequeño hall de entrada de la casona, Víctor hacía la misma pregunta: “¿Quiere un vaso de agua?”. Pregunta que Juan repetía como loro burlonamente: “Don, a mí el

agua me sobra”.

Una vez hecho el chiste y la interacción social, Víctor pasaba a completar los datos de la entrega, nunca entendía por qué lo tenía que hacer él mientras el distribuidor daba su paseo por la sala haciendo comentarios sobre la humedad del techo y las paredes.

—Don, usted acá sí que no tiene una gota de sol. Le va a hacer mal a los huesos todo este agua acumulada. Mi tía vivía en una casona así como esta,



pero en Rafael Castillo, le salían hongos en las paredes todo el tiempo. Era una macana.

Víctor arqueó una ceja cuando escuchó la palabra hongo. Estuvo tentado de preguntarle qué tipo de hongo era, pero no tenía sentido. Para la mayoría de las personas los hongos eran hongos y no había diferencias entre unos y otros. Gracias que algunos podían diferenciar entre los comestibles, los venenosos, los alucinógenos, los ideales para fundir

con queso, los necesarios para transformar una salsa, los especiales para mojar en aceite de oliva y ajo, los hongos producidos por la humedad del agua que corre, los que nacen de la inmundicia y los que viven en la pulcritud absoluta.

—Listo. Ya están firmados los recibos.

—Este para usted y este para mí. Deje, no baje que yo le cierro la puerta, igual después a la noche baje a trabarla no sea cosa que alguien se meta y le robe la humedad.



Juan estalló en una risa ahogada que se le atragantó con una tos de cigarrillo. Uno de los peones se sonrió mientras que el otro se miraba la uñas esperando la propina. Víctor buscó unos billetes en la caja de madera que estaba sobre la mesita. Le dio dos pesos a cada pibe. Lo miraron con cara acusadora remarcándole que era un viejo amarrete.

—La próxima compenso —dijo mintiendo descaradamente mientras esbozaba una sonrisa. Era una pequeña maldad que disfrutaba.

Cinco minutos después el vozarrón de Juan y los pasos cansinos de los peones abandonaron la casa. Volvió el sonido propio del motor de la heladera, el zumbido de los ventiladores y el chistido de los humidificadores. Un circuito sonoro que funcionaba como compañía para los pensamientos del cultivador.

Volvió a su escritorio. Abrió otra vez la libreta verde y se quedó mirando los números. “Treinta” murmuró mordiendo los labios. El dolor fue ínfimo com-



parado con la rabia. Revisó cada uno de los porcentajes de agua y desechos que había utilizado. No entendía qué era lo que había pasado, cuál había sido el factor contaminante que mató la camada.

Quiso hacer correcciones sobre sus propias anotaciones pero no encontró el lápiz en el lugar donde estaba casi seguro que lo había dejado. Se tocó instintivamente la oreja izquierda para ver si lo había calzado ahí, como solía hacer su padre. Tampoco estaba.

Con esfuerzo se agachó y miró en el

piso alrededor de la mesa. La vista le estaba fallando un poco, pero el brillo de la mina le dio la clave de la ubicación.

Apoyando un brazo en la mesa se inclinó hasta alcanzarlo. Fue un gran esfuerzo para su espalda débil y maltrecha por una escoliosis avanzada. Por suerte sus dedos huesudos seguían siendo lo suficientemente ágiles como para poder agarrar el lápiz.

Cuando estaba por levantarse un destello blanco lo detuvo. Primero dudó, pero después poniéndose de rodillas



pudo ver que había un hongo diminuto pegado en el pequeño espacio entre la pata del escritorio y el zócalo de la pared.

Se quedó unos instantes fascinado e inmediatamente le ganó la ternura.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó paternalmente.

Arrodillado con el mentón a la altura de la mesa buscó el cuchillo con el que había afilado el lápiz, y con un movimiento preciso, conteniendo la respiración, despegó el parásito de la madera.

Lo miró con extrema curiosidad. No

estaba muy seguro a qué familia pertenecía, y eso sí que era una rareza. Podía identificar fácilmente cada especie. Estaba orgullo de su conocimiento y experiencia.

Levantó el hongo a la altura de sus ojos para poder apreciarlo mejor. Pudo sentir cómo las bifas, esos tentáculos de agarre, se le pegaban al pulgar. Era tan diminuto que el ácido que largaba no llegaba a lastimarle la piel. Apenas una leve irritación, inocente solo por el tamaño.

Se lo acercó a la nariz. No era uno de



sus hongos, no tenía el aroma a la tierra ni al agua que utilizaba.

El olor del miedo a lo desconocido le impregnó los orificios nasales bajando por la garganta hasta generar el espasmo de una lengua sedienta en un desierto irracional.

¿Y si ese hongo había sido el contaminante de su camada? Con premura intentó sacarse el parásito de la mano pero aunque sacudió los dedos con fuerza, estaba aferrado a su piel lo suficiente como para no salir eyectado.

Después de la angustia sobrevino la calma. Era poco probable que un hongo como ese pudiera matar a sus especímenes agresivamente carnívoros.

Claramente ese ser diminuto también era carnívoro, podía ver los filamentos aferrados a su pulgar y las ansias de estrangular. El tamaño era su debilidad. Aunque Víctor podía imaginar que se trataba de una impotencia temporaria.

Con cuidado lo despegó de su piel callosa.

Fue hasta la cocina y pensó sobre qué



superficie podía asentarlos. Le pareció que una madera sería el lugar más correcto para asegurar su supervivencia. A fin de cuentas lo había encontrado pegado a la pata de su escritorio.

Buscó entre las bolsas de consorcio con hojarasca que tenía acumuladas en la cocina, y halló un pedazo de corteza semipodrida. Le agregó unas gotas de agua de uno de los bidones que tenía abiertos. El agua de la canilla de la zona tenía demasiado cloro. Podía matarlo.

Lo mejor era juntar agua de lluvia. Ya

lo había intentado en la terraza unos veranos atrás, pero los vecinos se habían quejado diciendo que juntaba bichos y mosquitos, y con el tema del dengue lo habían amenazado con que le iban a meter una denuncia.

Todavía se acordaba cuando las viejas de al lado le tocaron el timbre en el horario de la siesta y le exigieron que las dejara pasar para ver qué tenía en el techo. A Víctor el agua no le preocupaba, pero si veían su camada de hongos tal vez podían pensar que traficaba o



meterle una denuncia en el SENASA y robarle la investigación de años.

Finalmente no pasaron. Víctor se encargó de vaciar los tachos de plástico y la pileta esa misma tarde. Dejó que el agua corriera por las paredes de la casa, que se perdiera en las tuberías y desagotes. Esa noche la vivienda tuvo un frescor inigualable. Casi podía oler a lluvia, aunque el cielo estuviera repleto de estrellas.

Víctor colocó el pequeño hongo en la

corteza y le buscó un lugar con media sombra sobre la mesada. Quería tenerlo en un área visible para poder seguir su desarrollo de manera constante. Todavía estaba a prueba si podía quedarse o terminar en un tacho de basura.

El cultivador era lo suficientemente precavido como para estar atento ante posibles plagas que pudieran hacer fracasar todo su trabajo.

¿Habrá comido?, se preguntó en voz alta.

Fue hasta la vieja heladera Siam sin



congelador que tenía el motor fundido. Ya no enfriaba, pero servía para mantener la zona libre de aromas. En la cocina había dos heladeras; una casi siempre vacía, la suya. Y otra repleta con comida para los hongos.

Abrió la Siam y el típico olor a comida podrida lo invadió una vez más. Ya estaba habituado, así que solo arrugó la nariz instintivamente. El hedor no le molestaba.

Tenía varias bandejas con distintos alimentos en descomposición. Revolvió

un poco y con dos palitos chinos levantó una larva, casi imperceptible a la vista, que se retorció entre las cáscaras de varias frutas irreconocibles.

Cerró la heladera con el pie haciendo un esfuerzo ante la pesada puerta vencida. La larva blancuzca no dejaba de retorcerse entre esos dedos de madera. Se acercó al hongo y con suavidad colocó el animal a milímetros de la base del parásito.

La larva se sentía desprotegida; bus-



caba dónde esconderse ante el cambio de aire y temperatura. Ya no estaba en la bandeja que la había visto nacer.

Víctor se apoyó sobre la mesada, esperando el milagro de la cadena alimenticia.

El roce mínimo entre larva y hongo generó la explosión visual que esperaba. El movimiento fue mínimo, a nivel microscópico. Casi invisible para los ojos de alguien que no sabe que los hongos se alimentan de mucho más que lluvia y nutrientes de la tierra.

El diminuto parásito usó sus filamentos vegetales para estrangular con saña a la larva. La saña de devorar algo vivo.

El gusano luchó en vano. Ya no había escape ante la succión de ese ser que se afianzaba sobre el tronco.

Víctor disfrutó del espectáculo con un leve espasmo. Luego dio media vuelta y decidió que era hora de dormir una siesta.

* * *



El tictac del reloj despertador empezó a unir el sueño con el leve estado de vigilia. Pestañeó un par de veces antes de poder hacer foco en el techo.

Una gran mancha había crecido justo encima de su cabeza. Era curiosa la forma que había empezado a tomar la humedad. Podía distinguir como cada vez se parecía más a una figura humana. Como si hubiera empezado a dibujar su silueta acostada en el cielorraso en la escena de un crimen futuro.

Miró la hora. Eran las cinco menos

diez de la tarde. Las agujas del reloj brillaban en la penumbra del cuarto.

El despertador fue de su abuela. Ella lo había traído de Europa envuelto en sábanas y vestidos en un baúl antiguo que atravesó el Atlántico en la bodega de un barco. Luego de que la abuela falleciera, había estado en el cuarto de sus padres y ahora ocupaba un espacio privilegiado en su mesa de luz. El reloj era uno de los pocos lazos familiares que Víctor había querido preservar.

Después de casi cuarenta años ayu-



dando a su padre con la empresa, había tomado la decisión de largarse por su cuenta. No fue una tarea fácil. Don Dalmasio siempre le decía lo mismo: “Pasar de dueño a empleado no tiene sentido”. Pero Víctor no se sentía el dueño de esos hongos. Él solo los cultivaba; no decidía sobre su destino, su alimento, sus rutinas. “Porque aquel que sabe sobre los hongos, sabe sobre sus rutinas”, era la frase con la que lo habían criado.

“Cultivar un hongo no es como regar una planta”, escupía Víctor con desdén

ante los insolentes que se arriesgaban a hacer comentarios estúpidos sobre su oficio. El cultivador también los cría, les habla, los educa, los hace sentir queridos y cuidados. Es el guía que les enseña el sentido de la competencia, de la evolución, el que les marca que siempre predominará el más apto, el más fuerte.

El despertador empezó a sonar a las cinco en punto, era un bochinche obsceno que inevitablemente estaba destinado a interrumpir el sueño o cual-



quier pensamiento.

“Las rutinas nos hacen hombres. Nos enseñan el sentido de la dedicación, del compromiso”, pensó mientras tanteaba con los pies el piso de madera buscando las pantuflas.

Con la mitad del cuerpo recostado sobre la cama, sin dejar de mirar al techo, encontró la que iba en el pie derecho, aunque para dar con la de la izquierda tuvo que sentarse y mirar el piso hasta descubrirla, apenas asomada en la punta de la cama.

La casa seguía fresca después del sol abrasivo de la tarde. Se levantó y se estiró, bostezando de manera animal. Fue casi un alarido agudo poco común, que quebró momentáneamente el ronroneo sonoro de la tarde.

Se colocó el reloj pulsera que había pertenecido a Dalmasio. Agarró las llaves que estaban en el cajón de la mesa de luz y cruzó el hall hasta llegar a una puerta doble de madera maciza.

Pocas cosas le daban más placer que ese momento en que hacía girar la llave



y sentía cómo sus hongos se inclinaban en dirección a él para recibirlo.

Víctor sabía que era un movimiento leve, pero real. Ellos lo esperaban.

La habitación había sido azul, ahora era de un color lavanda mezclado con una tonalidad verdosa, producto de la humedad del ambiente. Los humidificadores estaban encendidos las veinticuatro horas y tenían un generador por si se cortaba la luz. Nada estaba librado al azar en ese cuarto. Víctor lo había planificado toda su vida.

En la habitación había una humedad embriagadora, casi de bosque tropical. Un aire puro que apenas se mezclaba con el ambiente tóxico de Buenos Aires.

Había logrado desarrollar un método propio para criar hongos carnívoros. Primero empezó con las típicas bolsas, pero la competencia era tal entre los especímenes mientras crecían, que terminaban devorándose los unos a los otros. Un canibalismo agravado por el vínculo, como le gustaba pensar a Víctor.

A él le hubiera gustado tener un her-



mano pero no se dio. O al menos sus padres no le dieron el gusto. Un hermano con el que compartir sus pasiones, miedos, depresiones.

Con parte de lo que cobró cuando vendió la empresa de su padre, ya muerto, Víctor decidió empezar a concederse caprichos. Por eso mandó a construir su criadero de hongos, especialmente diseñado por él.

Bocetó y mandó a construir grandes cajones alargados con ruedas, para facilitar el movimiento cuando estuvieran

repletos de un sedimento especial concebido por él. Las ruedas no le daban mucha estabilidad a la estructura porque eran muy chicas. Era un error que recién había notado cuando montó el criadero. Y si bien al principio se castigó por ser tan estúpido se aseguró a sí mismo que si era cuidadoso nada malo podía pasar.

Los cajones estaban a la altura de su cintura para no tener que estar agachándose, tenían un ancho de dos metros y un largo de tres. En la habitación



lavanda entraban tres cajones, aunque tenía varios más para montar en otro cuarto que todavía le faltaba acondicionar. La idea era, algún día ampliar la producción y convertir el negocio en algo rentable. Pero todavía estaba en la fase de experimentación. Quedaba mucho por descubrir para obtener el sabor del hongo perfecto.

Víctor miró a cada uno de sus especímenes. Ahora no eran tantos aunque crecían fuertes y sanos. Llegó a tener el cuarto repleto, cada uno en su espacio

de tierra; prudentemente separados, alimentados con esmero y finalmente recolectados con lágrimas mojándole las manos.

A veces se veía obligado a controlar su número y hacer una matanza programada. Estaba seguro de que ellos entendían que era por su bien, para preservar su hábitat y evitar que desaparecieran como especie.

Se sentía su dios progenitor.

Miró el reloj y ya casi eran las cinco y cuarto. Se molestó consigo mismo por



haberse retrasado pensando en sentimentalismos. Era hora de que sus muchachos cenaran.

Con precaución entornó la puerta y se dirigió hacia la cocina. Cuando entró se sorprendió con el hongo que parecía mirarlo desde la corteza sobre la mesada.

Se acercó con cautela. El hongo había crecido considerablemente. Lo sentía expectante ante la proximidad y el calor que irradiaba su cuerpo. Dio media vuelta para abrir la heladera Siam. Por precaución miró por detrás de su

hombro para chequear que el hongo siguiera en su lugar. Había algo que le generaba desconfianza.

Se sintió un poco estúpido. Los hongos no se trasladan, se dijo.

Abrió la heladera y fue directo a una de las fuentes. Con bastante esfuerzo por el peso, la sacó y tuvo que apoyarla sobre su pecho para poder trasladarla hasta la mesada.

La fuente bullía de vida. Era un espectáculo mortífero y al mismo tiempo bello. Los huesos parecían moverse con



los gusanos que se entrelazaban entre sí buscando alimento. Era una masa viva, una marabunta ávida.

Todavía podían adivinarse las formas del pequeño gato que encontró un día en su terraza. Dudó en quedárselo, pero sabía que podía ser un contaminante para su producción así que optó por aplastarle la cabeza y hacerlo alimento.

Con un guante de látex seleccionó los gusanos más gordos y los fue metiendo en una pequeña caja de plástico con tapa. Ya había aprendido que eran

rápidos y lo mejor era contar con un recipiente que los contuviese. No tenía tantos como para que se desperdiciaran así porque sí.

Una vez que tuvo los suficientes, cerró la caja y aprovechó para tirar los restos de la cena, que habían quedado en el plato, adentro de la bandeja.

Se enorgullecía de aprovechar más del ochenta por ciento de sus desperdicios, reciclándolos como alimento para su criadero.

Antes de meter la bandeja en la hela-



dera, miró de nuevo al hongo que descansaba en la corteza. Esta vez le dedicó una mirada inquisidora, tratando de adivinar sus intenciones y especulando con si convenía mantenerlo en su casa.

Guardó la bandeja y juntó algunos gusanos que habían logrado escaparse de las fuentes superiores. Siempre había intrépidos que parecían buscar la muerte con anticipación. A Víctor le gustaba darles una segunda oportunidad, como premio a la valentía. A esos los guardaba en una bandeja negra, de

reserva. Los dejaba engordar mucho, hacerse lentos y confiados; como cuando se compra un cordero o un chanco para Navidad y se lo alimenta con amor para después comerlo en familia.

Se sacó el guante de látex y avanzó hacia la habitación lavanda. Esta vez no le dedicó ni una mirada al hongo solitario sobre la corteza. Pensó en darle de comer, pero tal vez lo malacostumbraría y ante todo debían prevalecer las rutinas.

“Esta es una casa de rutinas”, se aseguró a sí mismo con orgullo, marcando



sus pasos con un tono marcial que quedaba deslucido por las pantuflas.

Llegó a la puerta doble y con emoción espió por el pequeño espacio que había quedado entreabierto.

Ahí estaban sus hongos. Deseosos, expectantes. Podía sentirlos un tanto famélicos.

Entró triunfal en la habitación, sabiendo que era esperado.

Con amor y dedicación fue depositando cada uno de los gusanos en la superficie húmeda de los cajones. Lo

suficientemente cerca de cada hongo para que los gusanos no pudiesen escapar enterrándose o alejándose hacia los bordes del contenedor.

Aunque a Víctor también le gustaba que sus hongos se vieran obligados a usar sus filamentos, a estirarse, a moverse ante él en busca de alimento. No todo podía ser tan fácil. Había que esmerarse y ganarse el sustento.

El espectáculo de los gusanos devorados por los hongos tenía sentido hasta que terminaba la lucha. Una vez que los



anélidos eran inmovilizados y empezaban a ser succionados, Víctor perdía el interés. El deseo estaba en la lucha y no en la desintegración.

Miró su reloj, faltaban dos minutos para las seis de la tarde. Con parsimonia salió de la habitación y cerró con llave. Dos vueltas, aunque tenía que mandar a arreglar la cerradura. Una vez casi pierde la paciencia y tira la puerta a patadas al no poder abrirla. Y tampoco quería llamar a un cerrajero y que descubriera su secreto.

Víctor no salía mucho, pero cada tanto tenía que comprar algunas cosas para alimentarse. Consumía hongos, en demasía, pero también necesitaba otros nutrientes.

Con desgano fue al cuarto, guardó la llave en el cajón y se sacó las pantuflas para ponerse los zapatos. El pantalón era fresco, estaba un poco arrugado por la siesta pero no lucía mal.

Abrió el placard y una polilla blanca salió y le golpeó la cara. Intentó atraparla pero el insecto fue más rápido.



Víctor decidió obviarla y no preocuparse. Ya caería en una de las bandejas y formaría parte del ciclo de alimentación de la casa.

Revolvió las pocas perchas que tenía y eligió una camisa a cuadros de mangas cortas.

Se la había regalado su prima hacía décadas. Fue en el momento en que él estaba tratando de independizarse de su padre. Cuando todavía creía que podía tener su propio negocio, una familia y hasta hijos.

Incluso llegó a pensar que su prima era una buena candidata para enlazarse. Una mujer con carnes, serena, dispuesta, y ante todo sanguínea.

Pero ninguna de las ideas de Víctor prosperó. Carla se casó con otro primo que se dedicaba al negocio de las plantillas para zapatos y él nunca pudo montar su propia empresa de hongos. Solo logró changas y una vida pacífica después de que su padre muriera, cuando pudo vender la empresa y armarse de una buena suma para vivir tranquilo.



La casa de Buenos Aires era en la que había habitado su madre de chica. Ella tampoco tenía hermanos y al ser su único hijo la heredó rápidamente. Su padre no puso reparos cuando su madre murió y Víctor pudo establecerse definitivamente en la ciudad.

Bajó las escaleras con cuidado.

Cuando abrió la puerta, el sopor porteño lo empapó. Lo cubrió con una fina capa de humedad impura, odiosa y repelente. Buenos Aires no ofrecía un bosque tropical sino un aire enlatado y

húmedo que podía ser mortífero si lograba colarse en demasía en su habitación lavanda.

Víctor caminó la cuadra y media que lo separaba del supermercado chino. Con pasos un tanto vacilantes recorrió las góndolas y compró una salsa de tomate, un paquete de fideos y después fue directo a los vinos. Eligió un merlot barato.

Estuvo tentado de comprar cigarillos. Era un mal hábito que había adquirido trabajando en una metalúrgica



durante dos años. Lo único que había conseguido con ese trabajo era estropearse la salud.

Ya no estaba tan pendiente de los cigarrillos, pero era un placer que todavía le gustaba darse de vez en cuando. Aunque nunca fumaba en la casa, porque el humo del tabaco podía afectar a su producción.

Finalmente no compró los cigarrillos, pero agregó pan y un paquete chico de queso rallado. Pagó con cambio y volvió cabizbajo a su casa.

Esta vez cerró la puerta con llave y la trabó.

La noche llegó temprano esa tarde de verano. El cielo que empezó a nublarse apuró la oscuridad.

Cuando entró a la cocina y encendió la luz, lo primero que vio fue el hongo en la corteza. Inmutable, en el mismo lugar donde lo había dejado. Sin hacerle ningún tipo de reverencia, lo movió a un extremo de la mesada y comenzó a



preparar la cena.

Puso agua para la pasta y picó cebolla. Un llanto doloroso le cubrió la cara. Descorchó el vino y se sirvió un vaso hasta el borde. La elegancia no hacía falta en la intimidad.

Cenó en silencio, como todas las noches. Tuvo la deferencia de dejar algunos fideos para las fuentes con gusanos. Los hidratos iban para los valientes suicidas, así crecían más rápido.

Levantó el plato, llenó otro vaso de vino y se fue a la cama a leer. Disfrutaba-

ba mucho del momento en que podía tomarse algo mientras aprendía más sobre hongos, sus familias, sus hábitos y necesidades.

Tenía una colección enorme de libros sobre el tema. Todos heredados de su padre. Impecables, impolutos.

Además coleccionaba hongos disecados que guardaba en una vitrina junto con dos fotos de su familia. Una, la del casamiento de sus padres y otra, la de su bautismo con él en los brazos de su abuela.



El vino y el calor contribuyeron a que Víctor se quedara dormido rápidamente. El sueño lo llevó a una tierra de hongos con rostros humanos que querían ser sus amigos. Se sentía protegido, en un ambiente conocido donde nadie podía lastimarlo. La seguridad de lo conocido era la única forma de felicidad que podía permitirse.

* * *

Un chillido agudo le desgarró el

oído. Todavía dormido y abombado por el sueño placentero, se incorporó en la cama.

Con determinación trató de descifrar cada sonido que podía escucharse en la casa. Estaba el ruido permanente del tráfico sobre la avenida, el traqueteo de la heladera, el reloj, el agua corriendo por las cañerías.

Cuando creyó que había identificado cada sonora nocturnidad, el chillido agudo volvió a punzarle los oídos, erizándole la piel.



No lo dudó, se levantó rápidamente y revolvió el cajón de su mesa de luz en busca de la llave. Avanzó a oscuras por la casa conociendo cada rincón pero con la torpeza que suele generar la desesperación.

Llegó hasta la puerta de la habitación lavanda y pegó el oído a la puerta de madera. La quietud habitual parecía no haber sido alterada.

Víctor dudó en volver a la cama inmediatamente o tomar primero un vaso de agua e intentar tranquilizar sus temo-

res. ¿Tenía sentido molestar a sus hongos a mitad de la noche?, ¿qué o quiénes podrían lastimarlos?, ¿y si el chillido estuviera relacionado con la muerte de la camada anterior?, ¿los hongos gritaban?, ¿cómo sería la muerte de uno de ellos? Víctor siempre les había dado muerte con sus manos en cada recolección, salvo en esa única ocasión donde los encontró agonizantes, amarillos, yaciendo sobre su propio pedestal con la corona besando la tierra húmeda.

Todavía el horror de ese espectáculo



monstruoso de agonía lo perseguía. No entendía qué los había matado. Como si una mano invisible los hubiera recolectado antes de tiempo pero de manera sádica, para que sufrieran.

El miedo le laceró la mente, pero intentó no hundirse en la neblina de la irracionalidad. Con esfuerzo, Víctor decidió no entrar en la habitación lavanda y con lentitud se dirigió a la cocina.

Quiso encender la luz pero la lamparita parecía quemada. Le dio bronca, iba a estar obligado a ir hasta la ferretería.

Por suerte la luz de la luna se filtraba por la ventana y le permitía distinguir formas de sombras. Buscó un vaso y lo llenó con agua de la canilla. Los bidones eran solo para los hongos, él no necesitaba tantos cuidados.

De repente se acordó del hongo en la corteza. No estaba. La acidez que genera el pánico le llenó la boca.

Víctor escuchó un nuevo chillido. Giró sobre sus talones y corrió hasta la habitación donde debían estar descansando sus creaciones. Con impacien-



cia giró la llave y entró hecho una tromba. El descuido, la ansiedad y el miedo a perderlo todo hicieron que se llevara por delante uno de los cajones.

Perdió el equilibrio e intentó recuperarlo agarrándose de una de las estructuras con ruedas. Su peso levantó un extremo, la ladeó e hizo que Víctor cayera al piso con el cajón encima. Un entierro endógeno.

El dolor se esparció por su cuerpo. La estructura de hierro y tierra cayó sobre

él sin cubrirlo completamente. Parte de sus piernas quedaron en el exterior, laxas y heridas. El peso del cajón le quebró ambas extremidades, dejándolo postrado y con pocas posibilidades de hacer fuerza.

Primero, pudo evaluar la conmoción del golpe, luego la presión de la tierra sobre su cuerpo, después la falta de aire le fue ganando terreno al resto de las sensaciones.

Con desesperación empezó a escar-



bar la tierra, para poder obtener un poco de oxígeno del espacio entre su nariz y el techo de la estructura.

El estrato blando y húmedo del fondo del cajón se movió fácilmente y permitió que Víctor pudiera dar una bocanada de aire casi al instante. Una vez más sus ágiles manos volvían a ser el recurso de su vida.

No se consideraba un hombre brillante, pero sabía que podía pensar y ser hábil cuando se lo proponía. Intentó tantear un extremo del cajón con un

brazo, pero la tierra más compacta no lo dejó ir muy lejos. Incluso ejerció presión con su pelvis para intentar mover y levantar el cajón, pero fue en vano.

El esfuerzo lo agotó. Ya podía sentir como el aire cada vez se enviciaba más.

Víctor experimentó un adormecimiento. Incluso fantaseó con que el dolor podía ser más tolerable si pensaba con los ojos cerrados.

No ver aquello que no se quiere ver como la solución facilista para escaparle al presente. Se repitió la idea como si



se tratara de un mantra.

En el momento en que un pequeño trance parecía estar ganándole a la desesperación, sufrió un latigazo. Casi un intento de estrangulamiento.

Increíblemente, por primera vez, Víctor tomó conciencia de que su cuerpo estaba rodeado por una decena de hongos.

Fue un pensamiento incómodo.

Estaba demasiado cansado para luchar.

Pensó en el hongo sobre la corteza que estaba en la cocina y recordó que lo ha-

bía movido a un extremo de la mesada.

“Estúpido”, murmuró; mientras trataba de ganar movimiento entre la tierra para sus brazos.

Otra vez la leve sensación de estrangulamiento le rozó la cara. La oscuridad absoluta no le dejaba margen para reconocer figuras, pero podía sentir como esa negrura que lo rodeaba bullía de vida.

No solo estaban los hongos, sino todos los microorganismos que componían los sedimentos. Todos ávidos de



nutrientes.

Víctor calculó cuánto aire le quedaría antes de empezar a sofocarse o perder el conocimiento. El pensamiento quedó nublado cuando sintió el latigazo de un filamento que casi le arranca el párpado.

Había furia en esos acercamientos, la falta de reconocimiento ante la dedicación. Ya no se sentía un dios progenitor.

Por primera vez concibió que la humedad, los hongos, los gusanos y él eran uno solo. Y descubrió con sorna que ahora sí estaba verdaderamente en

familia donde dejaba su condición humana ante algo completamente nuevo, ávido y expectante.



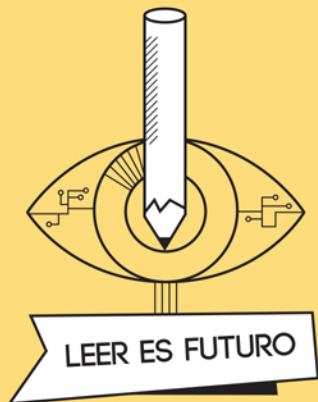
AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina